

Los campesinos y la industrialización

Una contribución al estudio
de la discontinuidad
en el desarrollo de las sociedades
industriales capitalistas

Burkart Lutz



Este artículo está basado en un estudio sobre el desarrollo de las sociedades capitalistas publicado en alemán y francés. Remitimos a este libro para detalles concretos (fuentes, pruebas y análisis de detalle): B. Lutz: *Der kurze Traum immerwährender Prosperität*, Campus-Verlag Frankfurt New York, 1984; B. Lutz: *Le mirage de la croissance marchande*, Editions de la Maison des sciences de l'homme, París, 1990.

Los trabajos sobre este tema continúan en el ISF-Munich en el marco del grupo de investigación 333 de la Universidad de Munich. El núcleo de las investigaciones se centra al futuro del trabajo industrial. Cf. B. Lutz: *The Contradictions of Post-Tayloristic Rationalization and the Uncertain Future of Industrial Work*. Ch. Köhler, K. Schmierl: *Technological Innovation, Organizational Conservatism*, ambos en: N. Altmann, Ch. Köhler, P. Meil: *Technology and Work in German Industry*, Campus-Verlag, Frankfurt/New York, 1991.

1. Por qué es tan difícil desligarse de la idea de la continuidad evolutiva de la sociedad industrial

En la actualidad pueden observarse numerosos fenómenos, sucesos y recursos que se hallan en abierta contradicción con las presunciones y expectativas que hace todavía pocos años eran consideradas como seguras e irrefutables. Así, por ejemplo, un desempleo masivo persistente no tenía como consecuencia la desestabilización política, y un crecimiento económico más lento, así como una escasez —temporalmente dramática— de los medios financieros públicos no desencadenaban una crisis de legitimidad del Estado o del sistema social. Asimismo se ponen en tela de juicio elementos estructurales de las sociedades industrializadas avanzadas que hasta ahora eran considerados como básicos y constitutivos, como ejemplo, la superior eficiencia de la producción y organización de las grandes empresas, el carácter central de la profesión y la ganancia por ella producida, en el contexto vital individual o la elevada capacidad de rendimiento de la previsión sanitaria y médica profe-

Burkart Lutz.

Política y Sociedad, 8 (1991), Madrid (pp. 71-86).

sional. Al mismo tiempo crecen las dudas acerca de la fiabilidad de las máximas, aceptadas hasta ahora de manera general, sobre la organización individual de la vida o de la acción política, de la superación de la desigualdad de los sexos mediante una creciente participación de las mujeres en la vida profesional hasta la incesante proliferación de las prestaciones públicas de servicios en gran escala.

El significado de todo ello, así como el sentido y el peso específico que han de atribuirse a hechos de este género, son objeto de una controvertida discusión:

¿Son acaso las transformaciones, las tensiones y los nuevos problemas que vivimos subjetivamente en la actualidad la mera y simple expresión de una fase pasajera de «cuello de botella» en el desarrollo evolutivo? ¿Son «dilemas de la evolución» (Zapf) a través de los que hemos de pasar forzosamente, pero que no modificarán nada sustancial en la dirección fundamental del proceso social de modernización? ¿No hallamos quizá una vez más, como otras muchas ya antes, ante la necesidad de restablecer la concordancia —perturbada en el curso de una evolución demasiado impetuosa— entre los diferentes campos vitales de la sociedad? ¿Nos enfrentamos actualmente acaso, como ya ha ocurrido con frecuencia en nuestra historia anterior, con acrecentados problemas de adaptación que necesitan, por supuesto, de una elaboración muy bien meditada y de considerables esfuerzos, pero que en caso alguno pueden afectar la estructura fundamental de las sociedades industriales avanzadas (los «universales de modernización» de T. Parsons)?

¿O nos hallamos, por contra, ya hoy en medio de una crisis estructural de la sociedad (cf. Boyer, de la «escuela de regulación» francesa), que no podemos (o no queremos) percibir aún en toda su verdadera trascendencia? ¿Se consuma actualmente —por así decirlo bajo nuestros pies— una ruptura sustancial de la evolución cuyo control y dominio no están en modo alguno garantizados, pero que de un modo u otro producirá una constelación estructural de la sociedad totalmente nueva, y que no puede ser derivada por extrapolación de épocas pasadas?

Las ciencias sociales tropiezan con arduas dificultades ante el planteamiento de estas cuestiones.

Una gran parte de cuanto ha sido elaborado en el curso de las últimas décadas como instrumental

al servicio de la investigación y el análisis sociológicos —conceptos, teoremas, métodos y formas de acceso a la realidad—, y que ha puesto a prueba en muy diversos modos su capacidad real de rendimiento, se basa en la premisa de una dinámica constante del desarrollo paralela a la estabilidad estructural de las sociedades modernas. De esta manera se ha constituido una estrecha conexión entre una premisa básica y un instrumental muy rico y matizado de conceptos y métodos científicos, conexión que lleva en sí las características típicas de un paradigma en el sentido de Kuhn.

Este concepto de la estabilidad dinámica de las sociedades modernas se ha apropiado —con sus conceptos centrales de «industrialización», «modernización», «sociedad industrial» o bien «capitalismo tardío» (como equivalente opuesto desde una postura de crítica social)— en las ciencias sociales que se han ido desarrollando, diferenciando y consolidando a partir de la Segunda Guerra Mundial, de un nutrido haz de funciones que son, por lo general, de carácter tan fundamental, que apenas si son objeto de atención en la cotidianidad del trabajo científico: como instrumento eficazísimo de la reducción de la complejidad y la segmentación de los problemas; como nexo estable y fiable de referencia, sobre cuya base ha sido posible, por una parte, la concentración especializada de la investigación social empírica sobre la observación y el análisis sistemáticos de sectores limitados de la realidad, y, por otra parte, la acumulación paulatina y la integración, al menos parcial, de conocimientos y resultados científicos muy dispares entre sí; como medio instrumental con cuyo auxilio es posible situar experiencias sociales particulares y resultados científicos dentro de un contexto general histórico y teórico-sociológico convincente, aceptado generalmente y dotado de la suficiente consistencia interna.

La presunción de la existencia de una ruptura estructural que se verifica o quizá prepara actualmente, de un cambio profundo en las tendencias evolutivas fundamentales que rigen desde hace décadas, de la transición de una época histórica y otra, resulta empero casi imposible de formular, aunque fuere sólo como hipótesis de trabajo, sobre el terreno de este paradigma. Y si tal cosa se lograra verdaderamente, cualquier intento de comprobar una tal hipótesis por la vía de una interpretación y análisis de los datos de carácter sistemático y demostrable intersubjetivamente en

sus pasos sustanciales lleva casi inevitablemente a su rechazo. Las obvias suposiciones básicas de toda argumentación sociológica, sus accesorios inamovibles, los prejuicios —suministrados por una tradición que dura ya décadas—, las rutinas arraigadas de la obtención, el análisis y la interpretación de los resultados científicos están entrelazados por la idea de que la evolución de las sociedades modernas está troquelada, sí, por una potente dinámica propia, pero que ésta no amenaza la estabilidad de su modelo estructural fundamental.

Sin embargo, quien apuesta por la existencia de fracturas en el desarrollo y crisis estructurales corre peligro de caer preso —por falta de datos suficientes y de conceptos analíticos útiles— de la fascinación emanada de los síntomas aislados, y de formular por ello tesis con una pretensión secular que en definitiva están basadas tan sólo en impresiones y estimaciones meramente subjetivas sin una fundamentación científica sólida.

Añádase a ello, como agravante, el hecho de que circunstancias objetivas tales como una ruptura de las estructuras o el cambio radical de una tendencia centenaria no pueden ser comprendidas, descritas, analizadas e interpretadas de forma adecuada si se limita uno a suponer simplemente que aquí y ahora da comienzo algo completamente nuevo, que a partir de hoy rigen normatividades completamente distintas a las que estaban en vigor hasta ahora, y que se tornan dominantes nuevos nexos estructurales para los que es preciso o conveniente crear conceptos, categorías e ideas completamente nuevos. Muy al contrario, todo cuanto acontece ahora o acontecerá en un futuro inmediato, por muy insólito que pueda ser en su expresión concreta, guarda una relación compleja y variadísima con estructuras y procesos ya existentes, si no es también, quizá, con otros ya pasados; sólo puede ser producido por mecanismos y normas que —modificados para cada contexto específico— tienen que poder ser hallados también en circunstancias observables histórico-empíricamente.

Mas también quien desee zafarse de parcialidades y reduccionismos, como suele acarrear al paradigma de la continuidad, y opta por una perspectiva que interroga preferentemente por los momentos y las formas de la discontinuidad, no podrá pasar por alto la inercia de las estructuras sociales y se verá obligado a incluir en sus cálculos el «radio de giro del petrolero». Su tarea

consistirá, por lo tanto, en elucidar qué relación guardan lo nuevo y lo viejo, los posibles futuros y el presente o el pasado. Y el primero, y posiblemente también el más importante y difícil de los pasos que habrá de dar consistirá en ver lo presente y lo pasado, analizarlo e interpretarlo de forma distinta y nueva a como ha ocurrido hasta ahora sobre la base del paradigma de la continuidad. La tesis de que en la estructura económica y social de las naciones industriales desarrolladas se consuma actualmente una profunda ruptura sólo puede ser defendida legítimamente por quien esté también dispuesto a poner en tela de juicio muchas afirmaciones, consideradas hasta hoy como indiscutibles y probadas, sobre anteriores desarrollos evolutivos, así como a buscar arranques y concepciones con cuya ayuda pueda disponer y analizar los datos informativos de que disponemos de manera distinta a como parecía corresponder hasta ahora al grado de desarrollo de la ciencia.

No es necesario demostrar que una tal empresa está erizada de riesgos: tan inseguro es el terreno que se ha de pisar, tan sin protección se está ante las críticas de todos aquellos cuyo trabajo (y reputación) científicos están estrechamente ligados a lo que es necesario poner radicalmente en duda, tan fácilmente puede convertirse cualquier intento encaminado a reinterpretar hechos concretos aislados, en apariencia muy concretos y delimitados, en un juego del dominó, que arrastra cada vez más piezas en la caída.

2. La necesidad de nuevos «teoremas históricos»

Si se desea controlar este riesgo y formular enunciados acerca de futuros posibles o verosímiles, que no sean una mera extrapolación de las tendencias hasta ahora imperantes ni tampoco una simple especulación, sino que estén fundamentados, en partes sustanciales, de forma sistemáticamente comprobable, habrá que partir probablemente de un tipo de elucubraciones que pueden ser designadas como «teoremas históricos».

Teoremas históricos en este sentido, que están relacionados directamente, al menos en una primera instancia, con el pasado y el presente, repre-

sentan más bien figuras complejas de interpretación (podría decirse también «modelos analíticos») en las que está interrelacionado y vinculado un número más o menos nutrido de hipótesis de estructura y de decurso. Que apuntan siempre, en consecuencia, a dos hechos:

— por una parte, a un nexo estructural social, cuyo troquel concreto tiene un carácter específico de cada época;

— por otra, una dinámica de desarrollo y transformación ínsita en este nexo estructural, pero que al mismo tiempo va más allá de él.

En el proceso de concreción del paradigma de la continuidad evolutiva de las sociedades industriales surgió un sinnúmero de teoremas históricos. Un ejemplo típico sería el modelo de tres sectores del desarrollo socioeconómico creado por Fourastié.

El nexo estructural básico que postula dicho modelo radica en que las actividades económicas de un sistema de producción industrial se diferencian entre sí tanto —desde el ángulo de la teoría de la producción— según su productividad y las posibilidades del incremento de la misma, como —desde el punto de vista de la teoría del consumo— según las preferencias de los consumidores frente a los bienes y servicios por ellas producidos; y que el nivel de la productividad o, en su caso, las posibilidades de incremento de ésta guardan —negativamente— una correlación con el puesto ocupado por el producto en las preferencias de los consumidores.

De aquí resulta asimismo la dinámica evolutiva, característica de este modelo, de un creciente desplazamiento hacia el sector terciario: cuanto más se incrementa el rendimiento de la economía nacional gracias a los fuertes aumentos de la productividad en los sectores primario y secundario, tanto más se desplaza la demanda de los consumidores hacia los productos del sector terciario —que sólo permite una productividad menor y muy escasos incrementos de ésta—, que en consecuencia atrae a sí cada vez más fuerzas de trabajo, hasta que en un estadio final sólo se necesitan muy escasos restos de población laboralmente activa en el sector primario y secundario, o dicho con otras palabras: el nexo estructural sobre el que se basa el modelo de los tres sectores se habrá convertido en algo tan insignificante como lo fue ya antes de la industrialización, en circunstancias sociales dominadas por el sector primario.

Debido a su condición de sistemas de hipótesis aisladas, no es posible verificar o falsificar de forma total los teoremas históricos. Pero esto, sin embargo, no excluye en manera alguna la posibilidad de determinar por vía indirecta lo que vale un teorema histórico dado, con qué énfasis puede ser puesto en juego frente a interpretaciones en alza con él y relativas a idénticos problemas, así como también hasta dónde llega su fuerza aclaratoria y explicativa.

A este respecto hay al menos tres puntos de partida:

Primeramente, la estructura lógica interna del teorema habrá de ser consistente y, virtualmente al menos (aunque no se haya obtenido aún su formulación de manera completa y en detalle) coherente y cerrada en sí.

Además, de un teorema histórico y sus componentes pueden decantarse numerosas hipótesis aisladas que por su parte, y hasta donde lo permita la situación de los datos obtenidos, pueden ser compulsadas con auxilio de los procedimientos estándar del análisis sociológico (sobre todo dentro del marco de los cotejos intertemporales e interculturales).

Por último, un teorema histórico deberá demostrar, para merecer una posterior elaboración, que posee suficiente productividad interpretativo-analítica, cosa que puede medirse sobre todo en su capacidad para proporcionar a preguntas importantes más plausibles que los modelos de interpretación de que se disponía hasta ahora, y sacar a la luz relaciones y nexos de evidente relevancia que hasta ahora no habían sido vistos (no podía serlo) con esta claridad.

En la medida en que los teoremas históricos se han acreditado como buenos en esta compulsiva (indirecta) en atención al pasado y al presente (como ha sido indudablemente el caso por lo que respecta al modelo trisectorial cuando fue formulado en los años 40-50), suministran también una base robusta, sobre la que es posible asimismo pensar en dirección al futuro. En tal caso será posible, con su ayuda, extraer líneas evolutivas que previsiblemente se tornarán dominantes; seguidamente habrá que preguntar sobre este telón de fondo, por nuevos problemas que hoy sólo se dibujan borrosamente en el horizonte, que generan un impulso modificador y posiblemente pueden hacer brotar constelaciones estructurales sociales completamente nuevas; y será posible nombrar abiertamente los intereses y los potenciales para

imponerlos, sin los cuales no son posibles las soluciones a dichos problemas, etcétera.

3. Dualismo estructural y relaciones de intercambio entre el segmento económico industrial-capitalista y el tradicional como base de un nuevo teorema histórico

Como expresión inmediata de la hegemonía del paradigma de la continuidad, la visión tradicional del desarrollo social moderno se concentró sobre los «procesos centrales» de la industrialización y la modernización, así como sobre la cuestión relativa a cómo se constituyeron en su decurso los rasgos característicos y las estructuras de las sociedades modernas (industriales, capitalistas, etc.). Las formas económicas y vitales tradicionales son tomadas aquí en consideración, en todo caso, como masa de disposición de los procesos centrales o como (quizá digna de lástima, pero inevitable) víctima de los mismos. Las formas de vida y de producción campesinas (más exactamente: campesino-artesanales) interesan, cuando más, como trabas u obstáculos en el camino hacia una mayor eficiencia económica y una mayor racionalidad social. En la presentación gráfica, ya clásica, del modelo trisectorial hecha por Fourastié, la mayor parte del segmento económico tradicional la integra (junto con algunas ramas individuales de la industria que desempeñaron un papel importante en la época temprana de la industrialización) el sector primario, que lo dominaba todo y cuya paulatina decadencia resultaba imprescindible para hacer lugar a los nuevos campos de la economía, primero a la industria y luego para el sector de servicios, en creciente proceso de expansión.

La cuestión de cómo sucedió todo esto en particular y de qué relaciones han surgido entretanto entre el segmento tradicional y el moderno de la economía y la sociedad se antojaba en todo caso de interés histórico-social —más o menos nostálgico—, pero en absoluto de importancia cuando se trataba de explicar el decurso evolutivo y los

resultados del proceso de industrialización y modernización: los impulsos que alimentaron la expansión del segmento moderno industrial-capitalista tienen que radicar —y esta es una convicción que no ha sido puesta en duda en parte alguna— en este segmento mismo, y han de ser buscados en él, en sus estructuras características (como, por ejemplo, en el papel central del mercado como instancia de socialización y de encauzamiento), así como en la lógica de función y desarrollo ínsita en estas estructuras (como, por ejemplo, en las leyes que rigen la acumulación del capital).

De acuerdo con este punto de vista se seleccionan, ordenan y presentan luego las pruebas históricas-empíricas: acontecimientos como la expulsión de los campesinos en Inglaterra, la tragedia de los tejedores de Silesia o la creciente despoblación de regiones enteras en la Francia central y meridional se presentan como casos normales según las leyes del desarrollo; otros factores —como, por ejemplo, el papel muy activo desempeñado por grandes grupos del campesinado y el artesanado en el proceso de modernización de algunos países, sobre todo del norte de Europa, o la hegemonía, que se ha mantenido hasta mediados del siglo XX, del segmento tradicional en el aprovisionamiento diario de la población que vive en el segmento moderno o bien ha de ser atribuida a él—, estos otros factores, decimos, son ignorados por completo o cuando más considerados como excepciones atípicas o como fenómenos de transición. Del mismo modo —y ante la constante disminución del porcentaje de la agricultura entre la población activa, en crecimiento permanente, hecho muy en concordancia con el modelo trisectorial— se pasa por alto totalmente el hecho de que desde mediados del siglo XIX hasta mediados del XX el número de las granjas y fincas de labor y de los agricultores autónomos no se ha reducido en modo alguno en el territorio del antiguo imperio alemán o de la República Federal, sino que, por el contrario, se ha incrementado ligeramente.

Otros teoremas históricos, por supuesto, harían aparecer como perfectamente normales cosas que hasta ahora eran consideradas como una excepción atípica, y hacer extremadamente plausibles procesos evolutivos que en las consideraciones usuales hasta ahora resultaban inexplicables (y por ello fueron dejados a un lado). Una tal alternativa a la visión tradicional, que al mismo tiempo abre también una nueva mirada sobre problemas

potenciales de desarrollo actuales y futuros que apenas si resultan visibles si se continúa aplicando de forma extrapolativa las tendencias hasta ahora dominantes, será bosquejada seguidamente en cuatro tesis:

1. Hasta mediados del siglo XX, el capitalismo industrial se desarrolla —con excepción de los Estados Unidos, que en su calidad de país de colonos e inmigrantes se encontraban en una posición muy singular— en el marco de una estructura económica y social de carácter dual. En ella coexisten:

— un segmento moderno, caracterizado por la forma de producción industrial, por la orientación de las empresas a la obtención de lucro en mercados muy extensos y por el trabajo asalariado como forma normal de la actividad laboral;

— un segmento tradicional con, por regla general, estructuras seculares de la economía y la forma de vivir, de carácter campesino-artesanal, troqueladas aún fuertemente por principios de una economía de subsistencia, pequeñas empresas familiares, una separación en el mejor caso parcial entre la vida y el trabajo y la escasa importancia del trabajo asalariado.

2. Ambos segmentos no están ni absolutamente cerrados ni absolutamente abiertos recíprocamente; la circulación de valores, mercancías y seres humanos entre ambos se concentra más bien en relaciones de trueque e intercambios estructuradas de manera específica, de los cuales tres sobre todo poseen importancia:

— el segmento tradicional, en el que van ocupando posiciones lentamente principios «modernos» de conducta generativa, entrega sus excedentes de población, en calidad de mano de obra, al segmento moderno, si éste tiene una tendencia expansiva y mientras la conserva;

— las fuerzas de trabajo ocupadas en el segmento moderno obtiene una gran parte de los bienes y servicios por ellos necesitados del segmento tradicional;

— los medios económicos que de este modo acceden al segmento tradicional no son gastados predominantemente en la satisfacción de las necesidades cotidianas, sino —de forma directa o indirecta (sobre todo a través de la ampliación y perfeccionamiento de la infraestructura)— en el segmento moderno de la economía.

3. Durante un largo periodo, que en lo esencial se extiende (con variantes específicas nacio-

nales) desde mediados del siglo XX hasta la Primera Guerra Mundial, estas relaciones de intercambio sirven de base a un comportamiento simbiótico entre los segmentos tradicional y moderno, porque satisfacen al mismo tiempo y del mismo modo intereses esenciales de ambos segmentos. Los momentos estructurales centrales del segmento moderno que se constituyen y fortalecen en este período están troquelados fuertemente por esta simbiosis con las estructuras económicas y sociales tradicionales.

4. Esta simbiosis adolece de una inestabilidad constitutiva, porque descansa sobre el paralelismo de dos desarrollos cuyo dinamismo y sus parámetros de control son independientes recíprocamente, a saber: la expansión del mercado mundial para los productos industriales y las modernas prestaciones de servicios, por una parte, y el surgimiento de una población en el segmento tradicional que posee necesidades y exigencias que superan los límites de la mera economía de reproducción, por otra; al mismo tiempo, la continuidad de ambas líneas de desarrollo se hace tanto más improbable cuanto más tiempo subsista la relación simbiótica entre ambos segmentos, porque aquélla va quitándoles a éstos de manera progresiva el terreno propio.

Mientras que las tesis 1 y 2 están expuestas con todo pormenor en el libro citado al comienzo y demostradas también en numerosos detalles por rico material histórico-estadístico, o al menos ilustradas por él, en las páginas que siguen fundamentaremos más detalladamente las otras dos tesis (la número 3 en las secciones 4 y 5, la número 4 en la sección 6); ello se nos antoja necesario, porque de ellas (como lo mostraremos en la sección 7) puede esperarse una aportación sustancial para una mejor comprensión de la actual situación de ruptura.

4. La simbiosis, que ha durado tantas décadas, entre la industria capitalista y la sociedad campesina y artesanal...



Contrariamente a lo que sugiere la discusión actual, con sus lamentaciones sobre el hundimiento de la forma de vida y de producción tradicional campesino-artesanal, so-

bre el masivo absentismo rural y la destrucción de los oficios manuales tradicionales, y en contra también de lo que dan por sentado de forma más o menos obvia la mayoría de las teorías sobre la industrialización y la modernización, el crecimiento industrial, tal y como se ha verificado sobre todo en las décadas de finales del pasado siglo y comienzos del presente, ha procurado ventajas sustanciales a la inmensa mayoría de los campesinos y a sus familias:

1. En primer lugar, sus empresas y explotaciones, que por regla general eran organizaciones familiares con los correspondientes deberes de manutención, se vieron liberadas de un exceso demográfico por las migraciones a los centros industriales; dicho exceso demográfico constituyó casi por doquier, y en la etapa temprana de la industrialización (en Europa, por tanto, en la primera mitad del siglo XIX), un factor esencial de la depauperación de las masas bajo la forma de un desempleo masivo endémico.

2. Además, el abastecimiento de la población trabajadora industrial urbana les abrió nuevos mercados de venta, que se expanden también en el caso de que los salarios aumenten muy poco, sí, en el segmento moderno de la economía, pero el número de los asalariados se incrementa continuamente. Y ello significó para los campesinos la posibilidad de zafarse, al menos parcialmente, del autoabastecimiento y de lanzar al mercado una parte sustanciosa de sus productos; y significó asimismo, para las demás partes del segmento tradicional —esto es, la artesanía, el comercio al por menor y algunos servicios típicos—, como, por ejemplo, las tabernas y casas de comidas, una oportunidad de desarrollo que cuando menos era proporcional al incremento de la población asalariada.

3. La exoneración de esta población sobrante, junto a un creciente nivel de ventas, proporcionó a muchos hogares campesino-artesanales unos ingresos constantes y sonantes harto más elevados que los que habían obtenido hasta entonces y una evidente mejora de sus condiciones de vida; además obtuvieron la oportunidad de modernizar en cierta medida; mediante inversiones en inmuebles y en medios de producción, el sistema de ésta, haciendo así más fácil el trabajo de los miembros de la familia. Típico de esta evolución es la penetración de las máquinas cosechadoras en la

agricultura, que sirven sobre todo para reducir las crisis de agobio de trabajo, que antes podían ser dominadas acudiendo a miembros de la familia con poco trabajo o a jornaleros ajenos, pero que desde la migración de éstos a las ciudades suponía una creciente carga.

La relación sibiótica con el segmento moderno, industrial y de mercado proporcionó a las pequeñas empresas familiares del segmento tradicional, campesino-artesanal, tanto una garantía muy fiable de conservar su bienestar actual como un notable incremento del bienestar.

Las mismas relaciones aseguraron por la parte contraria a las empresas del segmento industrial-capitalista condiciones de crecimiento y de acumulación muy favorables:

1. Aumento de la riqueza y creciente potencial de inversión en la producción campesino-artesanal abrieron al segmento moderno, industrial-capitalista, cuyo crecimiento —debido a lo angosto del mercado interior— estuvo orientado al principio primariamente hacia la exportación, posibilidades adicionales de ventas en el interior: tanto en el proceso de la modernización de las formas de vida y producción en las partes más florecientes y prósperas del segmento tradicional como en el de una ampliación y perfeccionamiento de la infraestructura, que corrió paralela a aquél. Con ello se potencian más aún los impulsos provenientes de la demanda del mercado mundial para el crecimiento industrial. Y si decaen cíclicamente pueden incluso ser sustituidos, al menos durante algún tiempo, si bien la demanda del segmento tradicional en bienes y servicios procedentes del segmento moderno —que es tan sólo una consecuencia del crecimiento de aquél— no es capaz de soportar un crecimiento interior duradero.

2. El excedente de población de la sociedad campesino-artesanal garantizó al segmento moderno un suministro continuo de mano de obra sin el que apenas habría podido realizarse el poderoso y persistente crecimiento industrial que caracterizó las décadas inmediatamente anteriores a la Primera Guerra Mundial (tanto en los EE.UU. como en Europa). Estas fuerzas de trabajo evidencian características típicas, que la gran industria aprendió muy pronto a explotar en provecho propio en forma de una relación salario-rendimiento excepcionalmente favorable para ella.

3. Los procesos de movilidad que llevaron a estas fuerzas de trabajo desde el segmento tradicional al moderno se consumaron frecuentemente —en duro contraste con la emigración a ultramar— en pequeños pasos, reversibles aún al menos durante un cierto tiempo, y poseyeron además una elevada capacidad de reacción frente a la demanda. Ello tuvo dos importantes consecuencias para las empresas industrial-capitalistas:

— por una parte se garantizó así que incluso en períodos de expansión rápida y fuerte demanda de mano de obra el nivel salarial para el trabajo industrial —al menos para el no adiestrado— no pudiese subir por encima de una marca señalada por el estándar de consumo, determinado aún ampliamente por la economía natural, de la parte más pobre del segmento tradicional;

— por otra parte, ello permitió a los ocupados en el segmento moderno hacer recaer en buena parte sobre las empresas familias de tipo campesino-artesanal las cargas y costes sociales acarreados por la disposición constante de mano de obra —desde la preparación y adiestramiento de las nuevas promociones de obreros jóvenes, pasando por la adaptación a una nueva ocupación en los períodos de baja coyuntural, hasta el aseguramiento de la existencia en los casos de enfermedad y vejez.

En la simbiosis con el segmento campesino-industrial —podemos decir a modo de resumen— las empresas industriales capitalistas pudieron así, gracias a los bajos salarios (que en el mejor de los casos subían muy lentamente, si no es que permanecían estancados durante largos períodos) junto con una permanente oferta abundante de mano de obra adicional, defender de manera ofensiva y hasta robustecer su posición en el mercado internacional en expansión, apoderándose además de nuevas posibilidades de venta en el interior, en lugar de debilitar la demanda nacional mediante una política de salarios bajos. Esta constelación ideal auténticamente capitalista, en la que funcionan de forma prácticamente ilimitada y sin retardo alguno el mecanismo del ejército laboral de reserva y la ley salarial de oferta y demanda, suministra también, por lo demás, el trasfondo de experiencia al que pueden invocar las máximas, tan en boga de nuevo hoy día, de la teoría de la oferta: sólo entonces puede hablarse seriamente de que una oferta favorable se crea ella misma una demanda, y que especialmente los salarios en retroceso, como condiciones mejores de oferta

producen una demanda adicional si, por una parte, los asalariados apenas entran en escena como compradores de mercancías industriales y si, por otra parte, una economía tradicional, campesino-artesanal, en calidad de tercer interlocutor junto al capital y el trabajo, se dispone a aprender cómo podrían ser empleados del mejor modo posible los medios líquidos que le proporciona el abastecimiento de la clase trabajadora industrial con mercancías de consumo diario.

5. ... su importancia para la formación de las estructuras sociales industriales...

En atención al considerable provecho que la industria capitalista en desarrollo pudo extraer de las relaciones simbióticas de intercambio con la economía tradicional campesino-artesanal, hubiera sido sorprendente en grado sumo que estas relaciones no hubieran influido también, al mismo tiempo, sobre las estructuras sociales industriales que se hallaban en proceso de constitución, desarrollo y afianzamiento creciente, más aún, les hubiese impuesto incluso su propio sello, aunque tales influencias hayan sido ignoradas sistemáticamente en la hasta ahora imperante visión del desarrollo industrial-capitalista.

La simbiosis con las formas tradicionales de la economía y la sociedad puede influir de dos formas distintas sobre momentos estructurales básicos de la economía y la sociedad moderna:

1. En primer lugar pueden esperarse influencias profundas siempre y en todo lugar donde el capitalismo industrial posea un fuerte interés en apoderarse de fuentes de producción que suministra —de forma prácticamente gratuita— el segmento tradicional.

Un ejemplo, por cierto, excelente, y muy útil además para comprender mejor el presente, nos lo suministra el trabajo industrial asalariado, las formas a él referidas de aprovechamiento empresarial de la mano de obra y los correspondientes momentos de la estructura social y la desigualdad social. Vale la pena exponer este ejemplo con mayor detalle.

En todos los grandes impulsos de crecimiento del capitalismo industrial pudo disponer éste de mano de obra en masa, nacida y crecida en el seno de las condiciones tradicionales de vida y producción, en las que habían hecho también sus primeras y decisivas experiencias laborales, y que buscaban ahora por vez primera, en su inmensa mayoría en una edad de máxima disponibilidad y máxima capacidad física de rendimiento, una ocupación como trabajadores asalariados en las empresas y fábricas del capitalismo industrial.

Los movimientos migratorios que sirvieron de base a este proceso están documentados con gran detalle y riqueza en la literatura especializada tanto como en la investigación sobre la movilidad de los grupos sociales. La magnitud de tales movimientos migratorios puede deducirse del hecho de que entre 1882 y 1907 en el territorio del antiguo imperio alemán, el número de la población laboral activa en la industria, la artesanía y el comercio que residía en núcleos urbanos se elevó de poco más de cinco millones a más de once, y que de estos trabajadores y empleados sólo unos siete millones habían nacido en las ciudades, mientras que aproximadamente cuatro millones provenían de zonas rurales, y se trasladaron a las ciudades posteriormente. El extraordinario incremento de la mano de obra en la industria y el comercio que se consumó en el curso de un cuarto de siglo de poderoso crecimiento económico, provino así, al menos en su mitad, del reclutamiento de mano de obra procedente del ámbito campesino-artesanal (cuya movilización fue posible sin aumento apreciable del nivel medio real de los salarios). Naturalmente, es mucho más grande aún el número de los trabajadores troquelados por su origen tradicional si se tiene en cuenta también la segunda generación de migrantes.

Estos trabajadores poseían por regla general una serie de cualidades comunes que, hábilmente utilizadas, poseían un gran valor para los patronos del segmento moderno: en su mayoría estaban acostumbrados desde la infancia a condiciones de vida más bien indigentes y a un duro trabajo; aunque en su nuevo puesto de trabajo eran considerados simplemente como mano de obra no cualificada, poseían, sin embargo, un sinnúmero de cualificaciones, como, por ejemplo, hábito en el trato y manejo de los animales o aptitudes artesanales básicas, que podían ser aprovechadas en todo momento de mil modos por sus patronos. Además, estas fuerzas de trabajo habían crecido

casi siempre en el seno de estructuras sociales de cuño autoritario y patriarcal, y estaban acostumbradas a la sumisión y la obediencia como cosas naturales. Y como generalmente tenían que buscar trabajo como asalariados porque no podían encontrar subsistencia en la granja o en el taller rural donde habían crecido (muchas veces como hijos póstumos), la mano de obra de este género era altamente estimulable mediante los incentivos de la ganancia, estaba dispuesta a someterse a esfuerzos máximos de adaptación para encontrar una perspectiva vital estable.

La gran industria supo aprovecharse de todas estas condiciones de un modo cada vez más eficaz como patrimonio laboral.

Los principios esenciales de la organización científica del trabajo formulados por Taylor se orientan exactamente hacia este tipo de mano de obra, esto es, a personas de elevada capacidad de rendimiento físico, que no poseen experiencia alguna directa con el trabajo asalariado, que no saben cómo se negocia en una gran empresa sobre salario y rendimiento, que dependen íntegramente de la posibilidad de obtener de inmediato algún dinero contante y sonante, pero que no tienen ni idea (o que no quieren pensar en ello) de qué desgaste a medio y largo plazo traen consigo los esfuerzos y sacrificios que toman sobre sí por causa del salario.

Las actividades adscritas a este trabajo rudo, no especializado, representa tan sólo el grado inferior de toda una jerarquía de cualificaciones y posiciones. Avanzar en ella, instalarse de forma permanente en cualquier punto situado más arriba o seguir ascendiendo son metas que poseen un gran poder de estímulo y motivación, de las que emanan incentivos muy fuertes de rendimiento, conducta y cualificación profesional. Y como en estos inmigrados procedentes del segmento tradicional de la sociedad se trataba —lo que resulta característico— de un grupo de población que no había sido apenas cribada previamente de acuerdo con un criterio de rendimiento o de cualificación, los empesarios pudieron, aprovechando esta estructura de motivación, filtrar en cierto modo aquellos trabajadores (y adiestrarlos para determinados fines, como, por ejemplo, para capataz) que destacaban claramente por encima del nivel medio debido a su elevada capacidad de aprendizaje y de rendimiento.

Una buena parte de los elementos integrantes de la organización empresarial y del trabajo que han sido, en la concepción hasta ahora imperante,

expresión inmediata de las coacciones objetivas de la eficacia técnica y la rentabilidad económica, se presentan desde esta perspectiva como parte integrante de una estrategia de las fuerzas de trabajo orientada a utilizar y explotar de manera óptima la capacidad de trabajo y el potencial de rendimiento de la mano de obra procedente del ámbito social campesino-artesanal, incluidas las tradiciones culturales, normas éticas y orientaciones del comportamiento social pertenecientes a él:

Ello rige, como es evidente de suyo, para la mayoría de las formas de división del trabajo: trabajo «corporal» son todas aquellas funciones o tareas que pueden ser exigidas, de modo más o menos obvia, de la gran masa de la mano de obra configurada todavía tradicionalmente, y ello sobre el trasfondo de su origen y de la socialización profesional obtenida hasta entonces, mientras que se entiende por trabajo «intelectual» el conjunto de aquellas actividades que —debido, y no en último término, a su especial lealtad para con la empresa y el nuevo ordenamiento social industrial-capitalista sólo quieren confiarse a las fuerzas de trabajo que gracias a procesos procedentes de selección y socialización, reservado con harta frecuencia a la población del segmento moderno (en la familia, la escuela o el servicio militar), poseen normas sociales y orientaciones de comportamiento que los separan clara e inequívocamente del resto de la clase trabajadora asalariada.

Y rige también, naturalmente, para los principios fundamentales de la diferenciación de salarios, porque sobre el telón de fondo de la constante afluencia de mano de obra de origen campesino-artesanal fue posible valorar las capacidades laborales y las actividades a ellas correspondientes a un nivel tanto más bajo cuanto más correspondían ellas a lo que era aprendido y producido normalmente en las condiciones de vida y trabajo tradicionales.

Y rige también para los criterios correlativos de lo que en diversas actividades puede exigirse de una persona en lo que respecta a fatiga, dureza del trabajo y condiciones físicas y psíquicas. Sólo así puede explicarse que en sistemas económicos nacionales cuyos procesos de asignación y reparo están orientados de manera central hacia los mecanismos de mercado, se haya impuesto, en lugar de las relaciones compensatorias que eran de esperar entre el salario y las cargas laborales, una relación correlativa muy fuerte en el sentido de que las actividades más duras, menos aprecia-

das y menos atrayentes son también las peor pagadas, mientras que, por el contrario, obtienen la máxima ganancia aquéllas que son valoradas de manera muy positiva en cualquier otro sentido, desde el confort de las condiciones externas hasta el prestigio social, pasando por lo interesante del contenido de la tarea.

Y rige asimismo, por último, para la naturalidad verdaderamente brutal con la que hasta hoy la organización industrial de fabricación, tanto como la política empresarial de rendimiento y personal, dan por sentado que, en los últimos grados de la jerarquía de los puestos de trabajo, allí precisamente donde la fatiga es más elevada y el salario más bajo, rinden su trabajo seres humanos que son por lo menos tan inteligentes como el promedio, y que además están en condiciones de tomar iniciativas, hacerse cargo de responsabilidades e intervenir cuando los procesos de fabricación y organización evidencian fallos o puntos débiles (sin que se estime necesario retribuirles adicionalmente este servicio).

Tales hechos, que sólo son explicables teniendo en cuenta la disponibilidad masiva de mano de obra de origen tradicional, tuvieron repercusiones mucho más allá del estrecho ámbito del puesto de trabajo y la empresa: ya se contemplen los modelos básicos de estratificación y desigualdad social, las estructuras del sistema de formación profesional y de educación general que se corresponden con ellos o la distribución del patrimonio y las estructuras de consumo y hábitos de vida socialmente diferenciados, por doquiera veremos que las formas en las que el capitalismo industrial, en el período de sus relaciones simbióticas con la economía tradicional campesino-artesanal, utilizó como mano de obra el excedente de población de ésta, han dejado en todas partes huellas profundas, evidentes y con frecuencia creadoras de estructuras.

2. Menos evidente, pero quizá no menos importante, es la influencia de la simbiosis con el segmento tradicional sobre la evolución de las estructuras de la sociedad industrial dondequiera que el segmento moderno de la economía y la sociedad pudo confiar plenamente, mientras duró esta simbiosis (y algún tiempo después también) en los rendimientos del segmento tradicional para garantizar los presupuestos previos esenciales de mantenimiento y reproducción. Grandes correspondencias son también los problemas con los

que se ven confrontadas las sociedades modernas en el momento en el que con la destrucción de las estructuras tradicionales campesino-artesanales desaparecen también estas aportaciones y prestaciones, haciéndose necesarios ahora innovaciones conscientes y esfuerzos explícitos para crear sustitutivos a las mismas.

Un ejemplo característico de ello son las prestaciones de crianza, educación y cualificación de las familias campesino-artesanales (y de las empresas) para los futuros trabajadores asalariados de la industria capitalista.

Otro ejemplo es el cuidado de la atención a personas ancianas y enfermas, que eran cosa obvia y natural en las familias del segmento tradicional antes de que se llegase al alojamiento masivo en asilos, característico de la situación actual.

Finalmente, un ejemplo singularmente claro lo constituye el cuidado y mantenimiento de las bases naturales de nuestra vida, desde la hidroeconomía, pasando por el paisaje —más o menos intensamente explotado—, hasta el mantenimiento y ampliación de la variedad de especies animales y de las reservas genéticas de que son portadoras.

Característico de todas estas prestaciones es el hecho de que no fueron comprendidas como tareas especiales y especializadas, para las que eran necesarios también gastos especiales que podían ser exigidos también en caso dado, sino que fueron tratadas como efectos secundarios evidentes, no buscados pero inevitables, de las formas tradicionales de vida y trabajo: los niños nacían y crecían en una casa de labor; eran reclamados muy pronto para el trabajo, porque toda mano libre era necesaria; y cuanto mejor y más rápidamente lograsen los padres inculcarles reglas y principios firmes de vida y conducta, tanto más rápidamente podían enviárseles a buscar trabajo y pan en otra parte, si fuere necesario, o bien confiarles responsabilidades mayores en el seno de la familia. Y con toda seguridad habrían echado mano la mayoría de los labriegos mucho antes de métodos de abono que incrementan la producción, sí, pero dañan el suelo, o se habrían servido de los métodos modernos de engorde y cebado rápido, si tal cosa les hubiese sido posible técnica y económicamente, del mismo modo como la mayor parte de los bosques mediterráneos cayó víctima, mucho antes de la industrialización, del afán de obtener madera para la construcción y leña para hacer fuego.

Pero precisamente esto tuvo como consecuen-

cia que estas prestaciones y sus efectos apareciesen desde la perspectiva de la economía industrial-capitalista como bienes «libres» de los que podía disponerse a capricho, que no tienen precio y cuya reproducción no requiere tampoco gastos especiales ni ocasiona coste alguno. Lo difícil que resulta en realidad aportar de forma explícita e intencional rendimientos funcionalmente equivalentes bajo las condiciones industriales y de la economía de mercados, los costes que están vinculados a ello, las cargas que acarrea para las economías privadas y la nacional y las innovaciones político-institucionales que son necesarias para ello; todas estas son cuestiones que apenas si podían ser planteadas entonces, y mucho menos ser respondidas de manera satisfactoria, mientras la subsistencia de la economía y la sociedad tradicionales no pareció ser puesta en tela de juicio hasta pasada la mitad del presente siglo.

6. ... y su inevitable final

Las acciones características entre la economía tradicional campesino-artesanal, por una parte, y la moderna industrial-capitalista, por otra, no pueden poseer, sin embargo, un carácter simbiótico por tiempo indefinido. Satisfacer intereses esenciales de ambas partes sólo mientras discurran de forma aproximadamente paralela dos líneas evolutivas específicas para cada uno de los segmentos, y que pueden ser designadas, de forma algo concisa, como dinámica de las exportaciones y dinámica demográfica; ambas líneas evolutivas poseen sin embargo en común el hecho de que la simbiosis, cuanto más tiempo dure, más irremediamente destruirá los presupuestos previos de los que se alimentan ambas en su dinámica.

Para la economía moderna industrial-capitalista, el interés por las relaciones simbióticas con las estructuras sociales y económicas tradicionales, campesino-artesanales, se basa en la dinámica de la exportación creciente de productos industriales y prestaciones de la economía de mercado; el excedente demográfico procedente de las partes tradicionales de la sociedad sirve al mismo tiempo para cubrir la necesidad adicional de mano de obra que surge de este modo y para mantener en

pie —mediante presión sobre los salarios— los bajos costos de producción que fomentan la capacidad competitiva.

Esta dinámica está vinculada a su vez, sin embargo, a la condición previa de una suficiente capacidad de admisión por parte del mercado mundial, ya sea porque los países no industrializados importan cada vez más productos industriales, o porque un país industrial incrementa constantemente su participación proporcional en el mercado mundial a costa de otros. Resulta evidente que este presupuesto previo no puede tener una duración indefinida, porque el intercambio de productos industriales, por una parte, y productos alimenticios o materias primas, por otro, no puede expandirse de forma ilimitada sin tropezar con barreras que le imponen los mercados saturados, el endeudamiento creciente de los países importadores o la incipiente industrialización de éstos¹; y una sola economía nacional sólo puede incrementar provisionalmente, con toda seguridad, su parte alícuota de un mercado mundial en período de estancamiento a costa de otros competidores.

En el segmento tradicional, campesino-artesanal, el presupuesto esencial de las relaciones simbióticas de intercambio con la economía moderna, industrial-capitalista, es de naturaleza demográfica: sólo si en aquélla se produce constantemente un excedente de población puede ser satisfecho el interés del capital industrial por mano de obra adicional con bajo nivel salarial; y sólo en tal caso se hallará en condiciones y disposición de asegurar prosperidad a las empresas o familias campesino-artesanales.

Mas precisamente por ello se pone en movimiento un proceso de paulatina modernización de las condiciones de vida y producción tradicionales, en cuyo decurso tendrán que imponerse también a corto o a largo plazo en las familias campesino-artesanales las prácticas de control de la natalidad que han arraigado ya anteriormente entre la población urbana, por manera que la dinámica demográfica de los elevados excedentes de nacimientos toca necesariamente a su fin.

Una dinámica de exportaciones del segmento moderno en proceso de disminución y una dinámica demográfica del segmento tradicional igualmente en retroceso significan por igual que llega a su fin la simbiosis en las relaciones entre ambos segmentos. La cuestión decisiva es, entonces, cómo se consuma este fin y qué conflictos y tensiones sociales, pero también oportunidades históricas,

van unidas a ello. Un papel clave corresponde en este orden de cosas al dualismo estructural fundamental, sin el que no habría podido llegarse jamás a la constitución de relaciones simbióticas entre dos segmentos especiales de la economía y la sociedad. ¿Significa el fin de esta simbiosis también el fin del dualismo estructural? ¿O subsiste la escisión de la economía y la sociedad en un segmento moderno y otro tradicional aun cuando no sea ya posible que ambas partes extraigan en el futuro por igual elevadas ventajas de esta constelación?

Si la simbiosis entre ambos segmentos queda eliminada por una debilitación de la dinámica demográfica y una modernización de la conducta reproductora biológica en las familias campesino-artesanales (no compensadas por una inmigración masiva), y ello aunque el mercado mundial permitiese en el futuro un crecimiento de la economía industrial-capitalista con miras a la exportación, ello significa también, al mismo tiempo, una creciente desaparición del dualismo estructural.

La presión sobre los salarios de las empresas exportadoras, originada en la creciente escasez de mano de obra, deteriora, sí, su capacidad de competencia en el plano internacional y frena por ello, en primera instancia, la expansión del segmento moderno, industrial-capitalista. Al mismo tiempo, sin embargo, la debilitación de la dinámica demográfica presupone que se ha iniciado ya una cierta nivelación de las diferencias, constitutivas para el dualismo estructural, en las formas de vida y de economía. Y el creciente poder adquisitivo interior, que se incrementa paralelamente al aumento de los salarios —aunque no se aumente el número de los trabajadores asalariados—, debería impulsar a las empresas del segmento moderno a buscar en el mercado interior una compensación de la merma de las oportunidades de exportación, desarrollando para ello estrategias de venta o apoyando medidas políticas que contribuyen a la homogeneización de las condiciones de vida y fomentan una redoblada inclusión, tanto de las empresas y familias del segmento tradicional como de su propia plantilla de obreros asalariados, en los circuitos de ingresos y de bienes propios de la economía de mercados.

Una tal superación «suave» y paulatina del dualismo estructural ha sido lograda evidentemente en algunas naciones relativamente pequeñas de Escandinavia de forma, en general, muy positiva y tras algunos titubeos.

Muy distintas, y también mucho más dramati-

cas, se presentan las circunstancias cuando los procesos en los mercados exteriores dificultan gravemente la expansión industrial-capitalista de tipo tradicional, si no la hacen del todo imposible, aunque exista todavía, como antes, un gran excedente de población en las familias campesino-artesanas. En esta situación, en la que se hallaba desde la Primera Guerra Mundial la mayoría de las naciones industrializadas europeas, persiste el dualismo estructural, aunque haya acabado la simbiosis, por él sustentada, entre el segmento moderno y el tradicional; sobre su base se constituye ahora, casi inevitablemente, una espiral de depresión que arrastra de forma específica en cada caso a ambos segmentos y hace que surjan profundas tensiones y conflictos políticos y sociales, que, cuanto mayor sea su duración, tanto más inevitablemente desembocan en descargas violentas hacia adentro o hacia afuera.

Punto de arranque de esta espiral de depresión es el hecho de que la industria capitalista reacciona frente a las fuertemente deterioradas oportunidades de exportación con reducciones salariales y/o medidas de racionalización que suponen la supresión de puestos de trabajo, todo ello de acuerdo con una lógica que hasta ahora le había proporcionado siempre crecimiento y prosperidad; con ello disminuye en todo caso el poder adquisitivo de la población asalariada; mas como ésta constituye el más importante comprador de los productos de la economía campesino-artesanal, el empeoramiento de la situación se contagia pronto a ésta, lo que opera a su vez una reducción —superable cuando más pasajeramente mediante un endeudamiento privado y/o público— de los mercados interiores para productos industriales y prestaciones de economía de mercados.

Ciertamente, durante los años 20 tanto el imperio alemán —gracias a la política social de la República de Weimar— como la mayoría de las otras naciones industrializadas europeas —mediante una intensificación del comercio con sus colonias— lograron detener durante algún tiempo esta espiral de depresión latente desde el final de la contienda bélica; pero tanto mayor fue la violencia con la que se abrió paso luego, tras de la crisis de la Banca y la Bolsa norteamericana y la contracción del comercio mundial. Y en parte alguna fue capaz el sistema político de invertir la dirección y los efectos de esta espiral. Ninguna nación logró fortalecer de forma duradera —y de otro modo

que no fuese mediante el rearme y los preparativos de una nueva guerra— el poder adquisitivo interior y fundamentar así un crecimiento, al menos parcial, independiente del mercado mundial y de la exportación, antes de que en Alemania —que resultó especialmente afectada por esta constelación de coyuntura depresiva debido a su crecimiento industrial precedente, singularmente rápido, y bajo la presión de sus permanentes y elevados excedentes de población, así como las secuelas de la pérdida guerra— triunfara la ilusión fatal de que sería posible reunificar de nuevo los intereses del segmento moderno y del tradicional en una simbiosis fundamentada esta vez en las conquistas militares.

Sólo después de la Segunda Guerra Mundial se logró en los países más avanzados del norte de Europa, gracias a un intervencionismo del Estado del bienestar cuyo carácter revolucionario de hecho apenas si fue captado por ninguno de los participantes y los afectados, superar de manera definitiva el dualismo estructural, que contaba ya con más de cien años de existencia. Sin embargo, ello no ocurrió principalmente mediante una nivelación de las diferencias estructurales, sino de una manera en la que se impusieron plenamente los intereses centrales de la economía moderna industrial-capitalista, que habían sido satisfechos antes en la simbiosis con la economía campesino-artesanal, aunque en esta ocasión lo hicieron mediante la destrucción de ésta: en el curso de dos a tres décadas, la forma de producción industrial, las formas económicas capitalistas y el tráfico y los cálculos de comportamiento propios de la economía de mercados han destruido en las naciones europeas más desarrolladas las estructuras seculares de la vida y la economía tradicional campesino-artesanal, y ello de forma probablemente irrecuperable².

Las estructuras económicas, sociales y políticas tradicionales en los países de la Europa meridional desempeñan un notable papel hasta los años 80. La cuestión es si este fenómeno ha de entenderse como un retraso respecto al desarrollo de los países europeos más avanzados o si representa un proceso propio de modernización. Los países meridionales, especialmente España, Portugal y Turquía, han tenido un crecimiento económico relativamente alto en los 80. Uno de los factores puede ser la expansión mediante el proceso de transformación y sustitución de los segmentos tradicionales de estas sociedades.

7. Algunas aplicaciones útiles

Los teoremas históricos no son verdaderos o falsos, valiosos o sin valor *per se*. Son instrumentos del conocimiento, el análisis y la interpretación, y han de ser valorados tan sólo de acuerdo con su probada eficacia. Por ello aduciremos, para terminar, algunos ejemplos de la mano de los cuales podría demostrarse la potencia fecundidad heurística del esquema argumentativo arriba bosquejado, aunque razones de espacio impiden hacerlo de manera pormenorizada.

En primer lugar, el teorema histórico aquí presentado podría contribuir a dar nueva vida a ciertas controversias fundamentales de carácter teórico-social que en los años 60 contribuyeron al auge que el pensamiento sociológico experimentó a la sazón, y que entretanto han quedado sofocados en el empleo ritualizado de fórmulas estandarizadas (como la fórmula de «la primacía del proceso de producción» o de la «quebradiza superficie empírica», que no permite extraer conclusiones sobre la estructura medular de la sociedad), así como en una fatiga o hastío frente a toda teoría que se han ido expandiendo de forma creciente: capacidad de supervivencia y oportunidades de supervivencia del capitalismo; carácter predeterminado o carácter abierto del futuro social; o bien la cuestión de si el proceso creciente de diferenciación de los sistemas sociales parciales tropezará con límites, dónde estarán éstos y si acaso quizá tendrán que ser trazados consciente y deliberadamente; todos estos son temas a cuya discusión profundizada podría contribuir no poco la confrontación entre las diferentes interpretaciones del desarrollo más reciente de las naciones industrializadas.

En primer término, los nuevos teoremas históricos tienen que acreditar su valía, de manera inmediata, en el análisis de desarrollos pasados, estructuras presentes y tendencias, problemas y conflictos futuros. Sólo si prometen aquí nuevas ideas y abren nuevas perspectivas, estará justificada la depreciación —vinculada inevitablemente a su formulación misma— de los conocimientos amplios, considerados hasta ahora como inamovibles, y de concepciones bien probadas y argumentadas.

1. Retrospectivamente, la referencia al dualismo

estructural de una economía moderna, industrial-capitalista y las formas de vida y producción tradicionales, campesino-artesanales, a las relaciones de carácter simbiótico basadas en este dualismo y a su final inevitable, suministra innumerables elementos para dar respuesta a cuestiones centrales referentes a la historia del siglo XX, respuestas que a buen seguro no son menos plausibles que los argumentos empleados hoy:

¿Fue acaso el estallido de la Primera Guerra Mundial la mera consecuencia (evitable, y en consecuencia lamentable) de una serie de malentendidos y faltas de dirección por parte de los jefes políticos y militares, o, por el contrario, un choque inevitable, que se preparaba ya desde hacía tiempo, entre las grandes potencias, cuya prosperidad dependía cada vez más del éxito en las luchas por la dominación de los mercados mundiales? ¿Ha de atribuirse el hecho de que el fascismo ocupase el poder en toda una serie de naciones europeas en el curso de pocos años, mientras que en otras careció de éxito, a contingencias histórico-políticas propias de cada caso concreto, o es explicable partiendo de las estructuras socioeconómicas y las condiciones respectivas de estas naciones? ¿Por qué se inició en la mayoría de las naciones europeas situadas más acá del llamado telón de acero en el mismo momento, pocos años después de la Segunda Guerra Mundial, un auge económico tan poderoso, dominado por mecanismos idénticos, y ello aunque las condiciones de partida políticas, económicas y materiales resultaban tan enormemente diferentes desde una perspectiva tradicional?

2. Para el presente, y desde la visión del desarrollo industrial-capitalista aquí presentada, pueden extraerse al menos dos consecuencias:

Por una parte, es posible derivar de ella una explicación muy plausible para la deceleración —que se observa desde mediados de los años sesenta— del crecimiento económico, junto a una situación en el mercado del trabajo que se torna tendencialmente peor (lo mismo que para los cursos específicos, su paralelismo o, en su caso, sus diferencias en las principales naciones industriales europeas y del Lejano Oriente).

Desde principios de la década de los 70 pierden fuerza en Europa los extraordinarios impulsos de crecimiento generados en los años 50 y 60 por la rápida absorción del segmento tradicional, hasta entonces muy importante, por el segmento moder-

no. Una vez que este proceso ha quedado prácticamente concluido, las naciones más industrializadas europeas se encuentran actualmente al comienzo de una fase de estancamiento económico para cuya superación —y de modo muy distinto a como postulan los defensores de la teoría de las «ondas largas»— apenas si es posible encontrar impulsos y mecanismos endógenos. Incluso en el caso favorable de que puedan evitarse verdaderas catástrofes, apenas si habrá para las economías nacionales europeo-occidentales, mientras perduren las actuales constelaciones exteriores e interiores, otra perspectiva que la de tambalearse sin impulso, con tasas de crecimiento en todo caso muy bajas e incapaces de aprovechar al máximo sus potenciales de producción³.

Por otra parte es posible demostrar que (y por qué) los nuevos problemas que surgen de forma creciente en la actualidad en todas las sociedades industriales altamente desarrolladas no coinciden con la debilidad del crecimiento de forma meramente casual, sino que están unidas a ella con una relación de causa a efecto:

La destrucción de las estructuras tradicionales campesino-artesanales, la absorción de la mano de obra vinculada hasta ahora a ellas por el mercado del trabajo asalariado del segmento moderno y la sustitución de los productos y servicios tradicionales por productos industriales y prestaciones de servicio de tipo economía de mercados, hacen surgir —con un retraso temporal más o menos largo— situaciones de penuria cada vez más agudas, problemas y «cuellos de botella» donde quiera que la economía industrial-capitalista y la sociedad moderna habían podido contar hasta ahora, como la cosa más natural del mundo, con las prestaciones del segmento tradicional. En esto se está tornando cada vez más consciente la población desde hace algunos años, sobre todo en relación con el entorno ecológico, si bien de una manera inquietantemente versátil, sofrenada una y otra vez por una poderosa propaganda en contra.

Otros problemas como la pérdida de una fuente de reclutamiento desde el sector tradicional hacia el trabajo industrial (cf. sección 5) han de verse poco a poco. La industria de los países del Norte de Europa ya no puede contar con este suministro de mano de obra con un elevado potencial de motivación y cualificación, dispuesta a trabajar con sueldos bajos y en condiciones físicas y psíquicas penosas. Estos problemas se han venido mitigando en los 60 y 70 por la inmigración desde países

mediterráneos, luego por el alto índice de paro y las generaciones del «baby boom» y en nuestros días por la caída del telón de acero. Garantizar un suministro de mano de obra adecuadamente cualificada y motivada para el trabajo industrial es una incertidumbre principal para el futuro⁴.

Para enjuiciar y medir las extraordinarias dificultades que hay que superar aquí, basta tener ante la vista la reforma radical —revolucionaria en el sentido estricto del término— de la estructura de los puestos de trabajo y de salario que será necesario llevar a cabo para garantizar que todos los puestos de trabajo necesitados por la economía nacional sean ocupados voluntariamente por un personal suficientemente capacitado y cualificado para ello, cuando no surtan efecto ya las coacciones sociales y económicas hasta ahora vigentes, mediante las cuales, y en las huellas del dualismo estructural, se canalizó a grandes sectores de la población activa hacia carreras intelectuales y profesionales que ellos no habrían elegido jamás por sí mismos.

3. Por último, de todo ello —y con todas las precauciones del caso— pueden derivarse también expectativas de futuro sólidamente fundamentadas, más concretas y específicas que la tesis —que no es en sí ni falsa ni irrelevante— de que dicho futuro es abierto, configurable y necesitado de tal configuración:

Con cierta seguridad puede afirmarse (y sería posible demostrar por qué) que en la actualidad nos hallamos en los comienzos de una época de transición y no sólo en el cambio de una tendencia estable a otra⁵. Este período de transición estará marcado por una inestabilidad en general muy elevada y que se incrementará más aún durante algún tiempo; sólo en el proceso de su desarrollo podrán constituirse nuevos modelos estructurales con viabilidad para el futuro; y sólo en la medida en la que éstos logren afianzarse podrá esperarse un lento amainar de las turbulencias históricas y tocarán a su fin los procesos más o menos violentos del *trial and error*, con cuyo auxilio las naciones industrializadas intentan superar los problemas, angosturas y contradicciones con los que se ven confrontadas.

Por ello se antoja muy poco realista la creencia de que ya hoy existen núcleos de cristalización o primeros gérmenes de futuras formaciones sociales, a las que tan sólo hay que descubrir y describir para poder determinar la ruta que nos llevará al futuro.

Las tareas que han de ser resueltas a lo largo de dicho camino (y cuya solución irá marcando el camino mismo, tal cosa puede asegurarse con certidumbre) tendrán un carácter extremadamente marcado por el sistema. Los problemas sociales que le sirven de fundamento se presentarán al contemplador con numerosas facetas muy diversas, aparentemente del todo independientes entre sí; no será tarea fácil establecer su nexo interno, pero sí imprescindible si se quiere hallar las soluciones adecuadas. Y aun en el caso de la descentralización, la activación de iniciativas locales y mayor responsabilidad propia en unidades menores (Piore/Sabel) pudiesen significar modelos importantes de solución (y en favor de ello hablan varios factores), tan sólo resultará estable y duradero lo que pueda ser incorporado con el menor grado posible de tensiones a estados globales de equilibrio.

Por ello sería asimismo ilusorio exigir ya ahora normas de acción política claras, inequívocas y convincentes. La superación del estancamiento económico y la solución de los problemas de la transición sobre todo un incremento de la transición requieren sobre todo un incremento sustancial de la capacidad político-social de regulación y dirección, lo que significa al mismo tiempo una modificación de la conciencia pública y un acrecentamiento del potencial técnico-administrativo de acción. Esto no puede ser alcanzado por medio de proclamas entusiastas, sino sólo a través de muchos pasos concretos que amenazan las estructuras de poder y de influencia ya establecidas y plantearán durísimas exigencias a la capacidad de consenso y de conflictividad de todos los afectados e interesados.

NOTAS

¹ Estos límites o barreras puestos a la expansión del mercado mundial no rigen, naturalmente, para el inter-

cambio de productos industriales entre las naciones industrializadas, que se ha incrementado enormemente —sobre todo en Europa— tras de la Segunda Guerra Mundial, pero que se basa en presupuestos de economía interior completamente distintos y no puede producir una dinámica propia de crecimiento sobre como la conquista de nuevos mercados a la que nos hemos referido aquí.

² En la dependencia, por mí sospechada, de la expansión capitalista (acumulación) con respecto a la «conquista» de estructuras, fuentes de riqueza y ámbitos vitales no capitalistas desempeña el dualismo estructural un papel que se modifica radicalmente en el curso de la historia. En el período de las relaciones simbióticas, los ámbitos vitales y económicos campesino-artesanales garantizan al capitalismo industrial (y más tarde también al capitalismo financiero) las condiciones previas para un aconquista imperialista de tierras fuera de sus fronteras nacionales y reciben, como compensación, una garantía de subsistencia. Pero durante la época de prosperidad posterior a la Segunda Guerra Mundial el sector tradicional mismo se convierte en objeto de una conquista —ahora interna— después de que el capitalismo, saltando en cierto modo por encima de su propia sombra, ha neutralizado casi por completo la ley salarial de la oferta y demanda del trabajo mediante un intervencionismo del Estado del bienestar sustancialmente nuevo en su funcionamiento material (aunque no en todos sus elementos institucionales), abriendo con ello la posibilidad de expandirse a costa de quienes habían sido hasta ahora sus socios.

³ La reunificación de Alemania y la apertura de los mercados del Este plantea la cuestión de si los países de capitalismo avanzado tienen nuevas oportunidades de expansión y crecimiento. Por una parte, la transición hacia una economía de mercado genera estímulos de crecimiento. Por otra parte, la destrucción de recursos tradicionales y modernos en el Este puede provocar bloqueos de crecimiento.

⁴ Esto va a tener graves consecuencias para la organización del trabajo en las fábricas. Cf. B. Lutz: *The Contradictions of Post-Tayloristic Rationalization and the Uncertain Future of Industrial Work*. Ch. Köhler, K. Schmierl: *Technological Innovation, Organizational Conservatism*, ambos en: N. Altmann, Ch. Köhler, P. Meil: *Technology and Work in German Industry*, Campus-Verlag, Frankfurt/New York, 1991.

⁵ En esto se diferencia el autor de los principales representantes de la «escuela de regulación» francesa (Boyer y otros), quienes consideran que ya estamos al final de la crisis estructural y en el principio de un nuevo «régimen de acumulación» postfordístico (Cf. B. Lutz: *Le mirage de la croissance marchande*, Paris, 1990, pp. 1 ff).